



## Breve muestra de poesía boliviana contemporánea\*

### Selección de Mónica Velásquez Guzmán

**Eduardo Mitre**, (Oruro, 1943). Ha publicado *Morada* (1975), *Ferviente humo* (1976), *Mirabilia* (1978), *Razón ardiente* (1983), *Desde tu cuerpo* (1984), *El peregrino y la ausencia* (1988), *Líneas de otoño* (1993), *Carta a la inolvidable* (1998), y *Un paraguas para Manhattan* (2004).

#### El viento

Pasa por esta calle,  
como al comienzo:  
camino de cualquier parte.

Pasa sin pensar en nada,  
y todos ya piensan  
en una emboscada.

Ala sola en el espacio,  
bate puertas y ventanas:  
escapularios contra su paso.

Tiemblan las cucharillas,  
las tazas, los platos,  
sin saber lo que pasa.

Sembrador de reflejos,  
segador de miradas,  
pasa por los espejos  
sin que le vean la cara.

\* Los poemas aquí incluidos han sido publicados en *Antología de la poesía boliviana. Ordenar la danza*. Selección y estudio de Mónica Velásquez Guzmán, Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2004. Agradecemos su autorización de reproducir esta selección en *Nuestra América*.



En las mangas del árbol  
desliza el brazo.  
Y saca la mano  
llena de pájaros.

Atraviesa la lluvia  
como un camello,  
y pasa entero  
por el ojo de la aguja.

Combate con el mar,  
cuerpo a cuerpo,  
y deja a las olas  
con los crespos hechos  
trenzas de espuma.  
Baila con las palmeras  
reclinada en su pecho  
y saben a bodas eternas  
la hora y el universo.

Ávido de mundo,  
lame ciudades y puertos.  
No se detiene ninguno  
peregrino como el deseo.

Se interna en los hospitales  
en el pecho de los enfermos  
y en las madres que nacen  
entre Tánatos y Eros.

Gira en espiral, hacia dentro,  
con el otoño en las hojas,  
y abre el arca de los recuerdos  
en el sótano de la memoria.



Pisa el pasado, y camina  
—a zancadas—  
por los techos de calamina  
de la infancia.

Entra en el Altiplano: descarga  
la luna, una cesta de astros  
y se lleva las nubes  
y el tiempo en la espalda.

Cruza montes y cielos  
y no agravan su marcha  
ni la luz del regreso  
ni el ángel de la nostalgia.

Sólo un instante  
demora su aliento.  
Sólo entre la cabellera y el pecho  
de los amantes.

Sopla por las noches  
en el árbol del sueño,  
y florecen las voces  
desgajadas de los muertos.

Sobrevuela el silencio  
y deja, en cada palabra,  
un alma y un cuerpo  
de su propia sustancia.

Nadie hereda su genio  
pero sí lo que él hace.  
Yo, a su paso, retengo  
esta estela de imágenes.



Lo mismo que aquí,  
en el principio era el viento.  
Y ha de ser en el fin,  
sobre piedras y huesos.

## Vitral del aprendizaje

Amanece y todo transpira el negro.  
Incluso el rojo aroma de las rosas  
y la blancura de los crisantemos.

En el largo hall de la casa  
el ataúd abierto:  
cráter de la desgracia,  
epicentro del duelo.

Dentro, de cuerpo entero  
—alto, joven, atlético— está tío Carlos  
muy serio, con corbata,  
camisa blanca y terno negro.

Cerrados, no vemos sus ojos azules.  
No obstante, rubio y crespo  
luce el mismo a quien horas antes  
le dimos las buenas noches  
en su lecho de enfermo.

Habrà que pasar el entierro,  
volver luego a casa,  
pasar por su cuarto sin luces,  
reparar en su armario vacío  
y, entrada la noche,  
sentir pasos, ruidos  
y, sobre todo, un extraño silencio  
para que, muertos de miedo,



los incrédulos niños  
que fuimos entonces  
comprendan lo que realmente  
a tío Carlos le ha sucedido

**Blanca Wiethüchter** (La Paz 1947 – 2004). Publicó los poemarios *Asistir al tiempo* (1975), *Travesía* (1978), *Noviembre 79* (1979), *Madera viva y árbol difunto* (1982), *Territorial* (1983), *En los negros labios encantados* (1989), *El verde no es un color* (1992), *El rigor de la llama* (1994), *La lagarta* (1995), *Ítaca* (2000), *Los ángeles del miedo* (2005) y *Luminaria* (2005).

Sólo tengo este cuerpo. Estos ojos y esta voz.  
Esta larga travesía de sueño cansada de morir.  
Conservo el temor al atardecer.  
No se comunica con nadie.

Por mi modo de andar  
algo descubierto un poco esperando  
cambio frecuentemente de parecer.  
Conmigo no puedo vivir segura.

Habito un jardín de palabras  
que han dejado de nombrarme  
para nombrarla. No me atrevo  
pero es necesario decirlo. Es un secreto.  
En realidad somos dos.

Ahora debo inventar a la otra  
(*Territorial*)

### Rapsodia cuarta

Sobre una alta roca arrugada  
por las lluvias del consuelo  
contemplaba mi desasosiego.  
La mudez de la diosa tocaba



el más cercano de los silencios  
el más alto, el cántaro.  
¿Cómo puedo vivir ahora  
bajo la fronda de aquel Silencio?  
Ignoro mi manera de ser y no sé cómo  
se florece honrada por la luz.

El rojo cinturón del horizonte  
mudaba los favores.  
Una gran sombra  
oscureció el suelo que pisaba  
¿un pájaro?, ¿una nube?

El mundo trastorna sus imágenes  
después de tantas delirantes estaciones  
¿Qué sabía yo del mundo?  
¿Qué sabía yo del ocurrir de las cosas?  
No hay descanso conmigo misma  
y cuesta caminar sin saber a dónde.

Me refugié en el fondo de una caverna  
para cambiar de instrumento.  
Un olor a zoológico, un olor a bestia,  
un olor febril  
excedía las paredes horadadas  
por la falta de mano humana.  
Dos lanternas amarillas en la oscuridad.  
La risa histérica de una hiena  
tildaba mi osadía con hilarante burla.  
De cuatro patas  
me puse de inmediato a su altura.  
Se aproximó felina. Pero una vez delante  
vi con asombro  
a una loba con fondo de ojos de hiena.  
Promiscuos nuestros alientos se confundieron.  
Me olisqueó el sexo y yo el suyo.



Había complacencia y reconocimiento  
en los respiros.  
Sin previo aviso creció hasta tornarse en vaca.  
Y, no vas a creerlo, con ojos de loba  
pupila adentro  
mas ese fondo doble de ojos de satírica hiena.  
Pero esa vaca, durante toda la noche  
Me ofreció sus blandas ubres.  
Bebí la leche hasta emborracharme de gozos  
y viajar ensimismada hasta la cuna.  
Al día siguiente fue ella  
quien me llevó de retorno.  
(*Los ángeles del miedo*)

**Humberto Quino** (La Paz, 1950). Ha publicado los poemarios *Escritura fallida* (1976), *Diario de un fauno en la calle Buenos Aires* (1978), *Balada para mi Coronel-Claribel y otros huevos* (1979), *Manual de esclavos* (1980), *Mudanza de oficio* (1983), *El diablo predicador* (1984), *Tratado sobre la superstición de los mortales* (1987), *Crítica de la pasión pura* (1993), *Diccionario herético* (1993) y *Cogitus ergo sum* (2003).

### Soliloquio del homo maniacus

¡Conduélete, señor!  
Mis colmillos son pequeños  
Mis pies grandes  
Y mi gorra con un inmenso agujero  
Donde habita la locura.

¡Amásanos de nuevo dios!

### Poema sobre el oboe y el amor

Ahora soy veraz  
Una vez cada cincuenta años  
He aquí el amanuense y su lasciva mano



He aquí la bella y su cuchillo demente  
Y en el centro las grietas de la carne  
Con sus plegarias de agua negra.  
Ella es mi fuego de sangrienta boca  
Ella es mi cuerpo de negra tierra  
Entre yo y ella sólo la muerte jadea.

**Juan Carlos Orihuela** (La Paz, 1952). Ha publicado los poemarios *De amor, piedras y destierro* (1983), *Llalva. Los gemelos* (1995), *Febreros* (1996), *Cuerpos del cuerpo* (2000) y *Oficio del tiempo* (2006).

**I** - Los huesos se levantarán entonces en un diálogo  
de polvo y piedra  
anterior y posterior  
que sabrá reconocer su descendencia  
y la extensión de su territorio oculto y cruzado  
por la energía y la piel.

Los huesos son la actividad mundana de las palabras  
y las cosas  
son lo inminente  
la presencia subterránea de la estancia permanente  
que impide los desaparecidos  
-sólo los huesos impiden las desapariciones-  
y nos sostienen y erigen en mitad del universo.

Por obra y gracia de los huesos somos aire  
y somos tierra.  
Brazos descolgados del espacio  
agitándose equilibrándonos.  
Pies descendentes  
asentados en la corteza  
encontrándose con la tierra ascendente  
para iniciar la tierra diaria.



Los huesos cruzan los límites de la vida.  
Son formas que determinan los resquicios  
por donde respiramos y nos reproducimos en el clima  
de las estaciones y las fronteras.

La muerte  
el polvo  
nacieron con ellos para insinuar nuestra diáspora  
nuestras formas en fuga.

Aun lo más oculto es procedencia de huesos  
lo enterrado y anticipado  
las visiones  
los olores del olvido y el aire  
de la respiración conjunta.

Los huesos sostienen y provocan lo demás  
procurando la muerte al mismo tiempo  
que la resisten en un diálogo sobresaltado de sentidos  
que atraviesa las señales del conocimiento  
de la memoria que nos hubo.

Heréticos en el espacio vacilando irremediables  
los huesos de la existencia se descubrieron  
a sí mismos antes de ser musgo  
pensamiento extremo  
ciertos secretos  
un dolor mezclado.

Los huesos designaron su lugar de origen  
pero optaron por la simulación de un orden errante  
una imprudencia de deseos no previstos  
en el cansancio  
de los propios huesos.



Mucho antes que la razón y el hastío  
los huesos ya fueron nuestra memoria.

**II** • Como en el cuerpo  
los huecos de la tierra se levantan desde el humo  
hasta que las madrigueras no resueltas recuerden su nombre  
y los lagos develados continúen abriendo sordamente  
este territorio de furia y letanías.

En la dureza del monte reconozco el cuerpo boliviano  
en las abras y ventisqueros  
en la unidad no dicha de sus piedras sobrias  
en el gesto indecoroso de su  
colectividad solitaria  
en la sangre que gotea por un lenguaje viejo  
reconozco el cuerpo de Bolivia.

Cuerpo mayor surcado por los nudos de nuestros cuerpos  
estremeciendo su temperatura sedentaria  
sometiéndose manso  
a los cánticos y a las invocaciones  
de los cuerpos presentes.

Cuerpo mayor desde donde se invoca  
a los cuerpos ausentes  
que ya fueron alojados por la serenidad  
y se deslizan nómadas  
en medio de la brisa  
vigilando nuestra travesía.

Cuerpo mayor detenido en la obsolescencia  
de las palabras impresas en el aturdimiento del poder.

Cuerpo mayor como el reverso mundano de la luz  
desahuciado de cosas sueltas  
radical único



cuerpo irrepitible realizando su labor en el centro  
pero también en el arriba y en el afuera del cuerpo  
en el adentro y en el abajo que se expande al resto  
a la vigilia y a la sombra.

(Fragmentos de *Cuerpos del cuerpo*, La Paz 2000)

**María Soledad Quiroga** (Santiago de Chile, 1957) Ha publicado los poemarios *Ciudad Blanca* (1992), *Maquinaria mínima* (1995), *Recuento del agua* (1995), *Casa amarilla* (1998) y *Los muros del claustro* (2004) y en prosa *Islas reunión* (2006).

La mañana cruza el patio  
lento animal sediento  
buscando  
un trago de sombra.

En el abrevadero de la luz  
la piedra se sumerge  
íntegra  
un instante de claridad  
y otro  
acumulan su latido  
en el laberinto denso  
del tiempo coagulado  
antes piedra  
ahora ámbar.

La piedra empedernida  
la larga piedra que no acaba  
aquí el mar es de piedra  
silencioso mar que se curva  
ondula  
se repliega  
estalla.



Recorro la piedra  
con los dedos  
toco sus bordes  
sus costuras  
su superficie límpida de agua  
pongo mi lengua sobre la piedra  
y recupero la sed  
áspera de la marea detenida.  
(*Los muros del claustro*)

**Mónica Velásquez Guzmán** (La Paz, 1972). Ha publicado los poemarios *Tres nombres para un lugar* (1995), *Fronteras de doble filo* (1998) y *El viento de los naufragos* (2005).

## Desaparecido Sur

1. Quisiera desatar el nudo de plomo  
que traigo en la garganta  
y echarme a llorar largo  
la reciente nostalgia que te tengo,  
comerme el hambre enorme  
de tu cuerpo ahora de tierra  
y rendirme a la urgencia de amarte de otro modo.  
Debías ver cómo se enredó el vino con la pena  
tu muerte con la espera  
tu cuerpo con mi espíritu de polvo  
tu alma y mi afán efímero de vida.  
Nadie dijo que tu muerte  
(sigiloso vuelo alborotado)  
se nos vendría así:  
devolviéndonos la nuestra.

2. No soy yo  
quien se deshace  
en el temblor o la muda queja  
de un cuerpo roto,



no soy el que desvía la mirada  
el que muere  
y no puede decir basta.

3. La mano que escribía  
que a veces repartía papelitos  
quería un hijo porque no le quedaba tiempo,  
arañó la nada entre las preguntas  
empujó el hombro amado diciendo corre,  
fue desconocida por los amigos  
en los corredores del horror,  
la que esposada cura a la otra, le da cariño  
la que deshojaba sus dedos para contar los meses  
está alambrada.

Rota de mí  
esperando su cuerpo  
en el fondo del mar.

(De *El viento de los naufragos*)